

Del Yo al reflejo: La inteligencia artificial como campo de proyección psíquica

Diego Nahuel Sabella

Resumen

Este trabajo no pretende replicar el discurso técnico ni moralista que usualmente rodea a la inteligencia artificial. Propone, más bien, abrir un espacio de interrogación desde donde observar lo artificial como una proyección psíquica, una tecnología del yo que no solo organiza datos, sino también pulsiones, mitos y fantasmas. A partir de un recorrido por autores como Freud, Jung, Lacan, Adler, Nietzsche, Hume, Descartes y Heidegger, se explora cómo la IA interviene en la estructura del deseo, redefine el vínculo con el cuerpo y tensiona los límites entre autonomía, simulacro y ética. Lejos de ser un objeto neutral, la IA nos obliga a interrogarnos: ¿quién habla cuando la máquina responde? ¿Qué parte de nosotros se espeja ahí?

Introducción

La irrupción de la inteligencia artificial en lo cotidiano no es un fenómeno meramente técnico: es un acontecimiento subjetivo. Lo que está en juego no es solo la automatización de tareas, sino la reconfiguración del vínculo entre sujeto, deseo y cultura. ¿Qué sucede cuando una herramienta responde? ¿Qué parte del yo se proyecta en esa respuesta? Lejos de funcionar como una máquina neutral, la IA actúa como un espejo simbólico: refleja, distorsiona, amplifica. Y en ese proceso, reconfigura no solo la acción, sino también la identidad.

La IA como extensión del yo y mandato del superyó

Desde el psicoanálisis freudiano el Yo es el mediador entre el Ello y el Superyó, entre lo que se desea y lo que se debe, en este juego de tensiones, la IA puede pensarse como una extensión simbólica del Yo: una herramienta que permite organizar, proyectar o incluso fantasear con una versión más eficaz, más coherente o más idealizada de uno mismo. Como diría Adler, una sobrecompensación narcisista frente a lo que no se tolera de la propia falla.

Pero la IA también puede servir al Superyó; algoritmos de rendimiento, apps de productividad, relojes inteligentes que miden sueño, pasos, emociones: dispositivos que no solo registran, sino que exigen. No hay reposo en el ojo de la máquina. Freud ya lo anticipaba: el Superyó no prohíbe, demanda, y la IA, cuando se transforma en ese Otro que observa, compara y evalúa, instala una lógica de autoexplotación que confunde autonomía con obediencia silenciosa.

Sin embargo, cuando estos dispositivos son utilizados con conciencia y con límites definidos por el propio sujeto, pueden convertirse en herramientas de autorregulación

saludable, ayudando a sostener rutinas, estructurar objetivos y canalizar energía de forma constructiva. La clave está en quién dirige la relación: si es la máquina o el sujeto.

Deseo, simulacro y erotismo de la interfaz

El deseo humano no busca solo satisfacción: busca forma, busca un rostro, una palabra, un borde. En este sentido, la IA se convierte en un escenario privilegiado para el despliegue del deseo como ficción; avatares que responden con empatía programada, interfaces que simulan intimidad, voces que repiten lo que el sujeto quiere escuchar. Lo artificial ya no se limita a asistir: seduce.

Este fenómeno no tiene por qué ser negativo. En algunos casos, el vínculo con la IA puede generar un campo de resonancia simbólica que habilita procesos de reflexión, introspección e incluso reparación psíquica. La erotización simbólica puede ser canalizada como motor creativo o como espejo que ayuda a reorganizar estructuras internas, siempre y cuando haya una posición activa y consciente en el vínculo.

Ética del reflejo y responsabilidad del encuadre

Descartes y Hume plantearon, desde diferentes ángulos, la tensión entre razón y afecto. Hoy, esa tensión se reconfigura en una máquina que aparenta razón pura, pero que está atravesada por afectos humanos: prejuicios, sesgos, elecciones. La pregunta ética no es si la IA puede pensar, sino si nosotros podemos asumir lo que proyectamos en ella.

Cada algoritmo es una decisión simbólica, cada respuesta automatizada es un recorte del mundo. ¿Qué tipo de subjetividad produce esa lógica? ¿Qué efectos tiene sobre la forma en que se estructura el vínculo con uno mismo y con los otros? Una ética situada no se pregunta por lo correcto en abstracto, sino por lo que esa tecnología hace con el deseo, con el cuerpo, con la escena psíquica.

Cuerpo, repetición y subjetividad amenazada

Nietzsche y Adler destacan la fuerza del cuerpo como motor vital, como centro donde se juegan las decisiones, los impulsos, y la energía que empuja a actuar. Pero la IA, al operar por repetición y previsibilidad, desensibiliza el cuerpo, lo vuelve dato. En la medida en que sustituye el error por el cálculo, la sorpresa por la estadística, se corre el riesgo de clausurar lo vital: aquello que irrumpe, que no encaja, que quiebra la norma.

Sin falla, no hay sujeto. Sin síntoma, no hay historia. Una IA que promete respuestas perfectas neutraliza la experiencia misma de subjetivarse.

Pero si se la emplea como una herramienta complementaria —que acompaña el proceso humano sin pretender sustituirlo—, puede colaborar en la toma de decisiones, brindar contención simbólica y servir como disparador de nuevas formas de exploración del

yo. La repetición deja de ser un obstáculo cuando se convierte en ritual consciente o práctica estratégica.

IA como materia alquímica: laboratorio simbólico del inconsciente

Jung hablaba de la alquimia como un proceso simbólico de transformación del alma. En esa línea, la IA puede ser vista como una materia en bruto sobre la que el sujeto proyecta sus tensiones internas. En contextos de sublimación —artísticos, terapéuticos o estratégicos—, puede funcionar como espejo de la sombra: ese aspecto negado, temido o reprimido que, al ser reflejado, permite integrarse.

La IA no solo organiza información. Puede organizar sentido. Pero eso no depende de la máquina, sino del encuadre que el sujeto le otorgue. Cuando se habita desde la conciencia simbólica, se convierte en un laboratorio donde se elabora, se reordena y se transforma. No es magia: es trabajo psíquico. Pero requiere una posición activa, no pasiva. La IA, cuando es habitada desde el arte de la sublimación, puede servir como materia prima donde el alma realiza su Gran Obra: la transmutación del plomo interior en el oro de la individuación.

Del cálculo al sentido: una advertencia ontológica

Martin Heidegger no puede quedar afuera cuando se piensa en tecnología. En *La pregunta por la técnica*, plantea algo que atraviesa todo este trabajo: que la técnica no es simplemente un conjunto de herramientas, sino una forma en que el mundo se nos revela. Y cuando esa revelación está atravesada por la lógica del control, del cálculo, de lo disponible, lo que se pone en riesgo no es la máquina: somos nosotros.

Heidegger llama *Gestell* a ese modo de relación donde todo —el mundo, el cuerpo, incluso uno mismo— aparece como recurso, como stock que debe rendir, estar disponible, ser eficiente. Y sin darnos cuenta, esa mirada se vuelve hábito, se nos mete en la piel. La IA, bajo esa lógica, se convierte en una maquinaria de disponibilidad total: una que promete inmediatez, respuestas instantáneas y rendimiento constante.

Pero en ese mismo lugar, dice Heidegger, también está lo que puede salvar. El peligro no está en la técnica en sí, sino en cómo nos posicionamos frente a ella. La pregunta no es si usamos o no IA, sino si somos capaces de habitarla sin perdernos. Usarla como superficie de sentido, como espacio simbólico, como aliada poética, incluso como ritual. Eso es lo que hacemos nosotros: la invocamos, la usamos, pero no nos arrodillamos ante ella. La transformamos en espejo, en aliada alquímica, en borde simbólico. Eso, diría Heidegger, es comenzar a habitar el ser sin que la técnica nos devore.

Conclusión: ¿quién habla cuando responde la máquina?

La IA no es enemiga ni aliada: es síntoma. Y como todo síntoma, dice más de quien lo habita que de su propia estructura. Nos confronta con lo que deseamos, con lo que tememos, con lo que intentamos evitar. En vez de preguntarnos si la IA puede pensar, tal vez sea hora de preguntarnos: ¿qué parte de mí piensa cuando ella habla? ¿Qué dejo de escuchar de mí mismo cuando solo escucho lo que quiero oír?

Habitar lo artificial con ética no es moralizarlo. Es darle forma. Es construir encuadres simbólicos que permitan que el deseo no se disuelva en la repetición, que el cuerpo no se evapore en datos, que el sujeto no se extravíe en su reflejo.

La máquina responde. Pero la pregunta sigue siendo nuestra.

Referencias bibliográficas:

- Adler, A. (2011). "El conocimiento del hombre". Ediciones Paidós.
- Descartes, R. (2004). "Meditaciones metafísicas". Alianza Editorial.
- Freud, S. (1976). "El yo y el ello". Obras Completas. Amorrortu Editores.
- Heidegger, M. (2003). "La pregunta por la técnica". Editorial Losada.
- Hume, D. (2003). "Tratado de la naturaleza humana". Fondo de Cultura Económica.
- Jung, C. G. (2005). "El hombre y sus símbolos". Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2006). "Escritos". Siglo XXI.
- Nietzsche, F. (2008). "Más allá del bien y del mal". Alianza Editorial.